

Ecología política. Expertocracia y autolimitación

Gorz, André

André Gorz Teórico de izquierda austríaco. Autor, entre otros libros, de *Adiós al proletariado* y *¿Adónde va el movimiento obrero?*

a Dick Howard

El problema que se le plantea a la ecología política es el de los modos prácticos que permitan al juicio personal de los individuos autónomos, persiguiendo sus propios fines en el seno de su mundo vital, tomar en cuenta las exigencias del ecosistema. Es el problema de la conjunción entre necesidad y normatividad o, si se prefiere, de la traducción de necesidades objetivas en conductas normativas correspondientes a las exigencias vitales, a la luz de las cuales las necesidades objetivas son a su turno formalizadas. No hay aquí otra cosa que el problema de la democracia.

Según sea científica o política, la ecología abarca dos áreas distintas aunque interconectadas. En un principio pondré el acento en la diferencia más que en la interconexión de sus objetos. Pues es necesario evitar que la aproximación política se presente como un resultado ineludible, como una «necesidad absoluta» a la luz del «análisis científico» y que se reedite bajo una nueva forma el género de dogmatismo cientificista y antipolítico que, en su versión «diamat», ha pretendido elevar al rango de necesidades científicamente demostradas, a prácticas y concepciones políticas cuyo carácter específicamente político se encuentra, por ello mismo, negado.

Como ciencia, la ecología estudia la civilización en su interacción con el ecosistema terrestre, es decir, con aquello que constituye la base natural, el contexto no (re)producibile de la actividad humana. A diferencia de los sistemas industriales, el ecosistema natural posee una capacidad autogeneradora y autoorganizadora que, debido a su extrema diversidad y complejidad, le permite autorregularse y evolucionar hacia una creciente complejidad y diversidad. Esta capacidad de autorregeneración y autorreorganización se ve perjudicada por las técnicas que tienden a racionalizar y dominar la naturaleza, a hacerla previsible y calculable. «Nuestros

avances tecnológicos - escribe Edgar Morin - perturban no solamente los ciclos biológicos sino también los vínculos químicos primarios. En respuesta, se desarrollan tecnologías de control que tratan los efectos de estos males mientras se incrementan las causas»¹.

Expertocracia

A partir de aquí, dos aproximaciones son posibles. La primera, basada en el estudio científico del ecosistema, busca determinar científicamente las técnicas y los umbrales de polución ecológicamente soportables, es decir, las condiciones y límites dentro de los cuales el desarrollo de la tecnosfera industrial puede incrementarse sin comprometer las capacidades autorregeneradoras de la ecosfera. Esta aproximación no rompe de manera fundamental con el industrialismo y con la hegemonía de la razón instrumental. Reconoce la necesidad de limitar la depredación de los recursos naturales y de sustituirla por una gestión racional a largo plazo del aire, el agua, los suelos, los bosques y los océanos, lo que implica políticas de limitación de desechos, de reciclaje y de desarrollo de técnicas no destructivas del medio natural.

Las políticas de «conservación del medio ambiente» no tienden, a diferencia de la ecología política, a una pacificación de las relaciones con la naturaleza o a la «reconciliación» con ella; tienden a mantenerla y administrarla teniendo en cuenta la necesidad de al menos preservar las capacidades de autorregeneración más fundamentales. De esta necesidad se deducen las medidas necesarias para el interés de la humanidad en su conjunto y respecto de las cuales los Estados deberán obligar a quienes toman decisiones económicas y a los consumidores individuales.

El hecho de que los Estados tomen en cuenta estas obligaciones ecológicas se traducirá, en este caso, en prohibiciones, reglamentaciones administrativas, aranceles, subvenciones y penalidades. Tendrá como efecto, por consiguiente, reforzar la heterorregulación del funcionamiento de la sociedad. Este funcionamiento deberá llegar a ser más o menos «eco-compatible» independientemente de la intención propia de los actores sociales. Los «medios reguladores», tales como el poder administrativo y la estructura de precios, son los encargados de canalizar los comportamientos de los consumidores y las decisiones de los inversores hacia un fin que éstos no tendrían necesidad ni de aprobar y ni siquiera de comprender para llevarlo a cabo. Lo llevarán a cabo porque la administración habrá sabido funcionalizar las motivaciones y los intereses individuales en vista de un resultado que les sigue

¹Edgar Morin: *La Vie de la vie*, Seuil, París, 1980, p. 94-5.

siendo extraño. La heterorregulación fiscal y monetaria tiene, según sus partidarios, la ventaja de conducir al fin de la eco-compatibilidad sin que las mentalidades, el sistema de valores, las motivaciones y los intereses económicos de los actores sociales deban cambiar. Al contrario, es llegando al fondo de estas motivaciones y estos intereses, manipulándolos, que el fin será alcanzado. Su prosecución implicará así una extensión de lo que Habermas ha llamado la «colonización del mundo vital», es decir, la utilización de los administradores del sistema, de motivaciones individuales preexistentes para hacerles producir resultados que no correspondan a ninguna intención de los individuos.

Tomar en cuenta las obligaciones ecológicas se traduce así, en el contexto del industrialismo y de la lógica del mercado, en una extensión del poder tecno-burocrático. Ahora bien, esta aproximación proviene de una concepción premoderna típicamente antipolítica. Suprimo la autonomía de lo político en favor de la expertocracia, erigiendo al Estado y a los expertos de Estado en jueces de los contenidos del interés general y de los medios para someter con ellos a los individuos. Lo universal se separa de lo particular, el interés superior de la humanidad se separa de la libertad y de la capacidad de juicio autónomo de los individuos. Como lo ha mostrado Dick Howard², lo político se define originariamente por su estructura bipolar: debe ser y no puede ser otra cosa que la mediación pública, incesantemente reconstruida, entre los derechos del individuo, fundados sobre su autonomía, y el interés de la sociedad en su conjunto, que a la vez funda y condiciona esos derechos. Toda gestión tendiente a abolir la tensión entre estos dos polos es una negación de lo político y de la modernidad a la vez; y esto vale en particular, va de suyo, para las expertocracias que niegan a los individuos la capacidad de juzgar y los someten a un poder «relámpago» apelando al interés superior de una causa que sobrepasa su comprensión.

La ambigüedad del imperativo ecológico viene de aquí: a partir del momento en que los aparatos de poder lo toman a su cargo, sirve para reforzar su dominación sobre la vida cotidiana y el medio de vida social, y entra en conflicto con las aspiraciones originarias del mismo movimiento ecológico en tanto que movimiento político-cultural. El clivaje interno de este movimiento entre un ala tecnocrática y un ala radical-democrática tiene aquí su razón profunda.

²Particularmente en el prefacio a la segunda edición de *From Marx to Kant*, Macmillan Press, Londres, 1992 y *St. Martin*, Nueva York, 1992. Del mismo autor, v. también el excelente *The Marxian Legacy*, Macmillan Press, Londres, 1988. De lo político he dado una definición cercana en *Adieux au prolétariat* (Seuil, París, 1981), último capítulo y posfacio.

El sentido originario del movimiento

El movimiento ecológico nació mucho antes de que el deterioro del medio y de la calidad de vida plantearan una cuestión de sobrevivencia a la humanidad. Nació originalmente de una protesta espontánea contra la destrucción de la cultura de lo cotidiano por los aparatos de poder económico y administrativo. Y por «cultura de lo cotidiano» entiendo el conjunto de saberes intuitivos, de savoir-faire vernáculos (en el sentido que Ivan Illich da a ese término), hábitos, normas y modos de conducta, gracias a los cuales los individuos pueden interpretar, comprender y asumir su inserción en el mundo que los contiene.

La «naturaleza» de la que el movimiento ha exigido la protección no es la Naturaleza de los naturalistas ni la de la ecología científica: es fundamentalmente el medio que parece «natural» porque sus estructuras y su funcionamiento son accesibles a una comprensión intuitiva; porque corresponde a las necesidades de expansión de las facultades sensoriales y motrices; porque su formación familiar permite a los individuos orientarse en ella, interactuar, comunicarse «espontáneamente» en virtud de aptitudes que jamás han sido enseñadas formalmente.

La «defensa de la naturaleza» debe entonces ser comprendida originariamente como defensa de un mundo vital, el que se define específicamente por el hecho de que los resultados de las actividades corresponden a las intenciones que los sostienen, dicho de otro modo, que los individuos sociales ven allí, comprenden y dominan el resultado de sus actos.

Ahora bien, mientras más una sociedad deviene compleja, menos su funcionamiento es intuitivamente inteligible. La masa de los saberes empleados en la producción, la administración, los intercambios, el derecho, sobrepasan de lejos las capacidades de un individuo o de un grupo. Cada uno de ellos no detenta más que un saber parcial, especializado, procedimientos organizacionales preestablecidos, aparatos que quieren coordinar y organizar en vista de un resultado que exceda lo que los individuos son capaces de buscar. La sociedad compleja se parece así a una gran maquinaria; ella es, en tanto que todo social, un sistema del cual el funcionamiento exige individuos funcionalmente especializados a la manera de los órganos de un cuerpo o de una máquina. Por más complejos y avanzados que sean, los saberes especializados en función de la exigencia sistemática del todo social ya no contienen recursos culturales suficientes para permitir a los individuos orientarse en el mundo, dar sentido a lo que hacen o comprender el sentido de aquello a lo que concurren. El sistema invade y margina el mundo vital, es decir, el mundo ac-

cesible a la comprensión intuitiva y a la asimilación práctico-sensorial. Les quita a los individuos la posibilidad de tener un mundo y de tenerlo en común. Es contra las diferentes formas de esta expropiación que se ha organizado progresivamente una resistencia.

Las primeras manifestaciones de lo que ha llegado a ser el movimiento ecológico³ estaban dirigidas, en América del Norte y luego en Europa, contra las megatecnologías en favor de las cuales las industrias privadas y/o las administraciones públicas desposeían a los ciudadanos de su medio de vida. Este medio estaba desorganizado, tecnificado, solidificado, colonizado por corresponder a las exigencias de la megamáquina industrial. Esta máquina alienaba a los habitantes lo poco que les quedaba del medio «natural», los agredía por sus incomodidades y, fundamentalmente, confiscaba el dominio público en provecho de los aparatos técnicos que simbolizaban la violación que el capital y el Estado hacían del derecho de los individuos a determinar por ellos mismos su manera de vivir juntos, de producir y de consumir.

Esta violación ha sido particularmente flagrante en el caso del poder electronuclear: el programa de construcción de centrales se hizo sobre elecciones político-económicas enmascaradas como elecciones técnicamente racionales y socialmente necesarias. Preveía un crecimiento más alto de las necesidades de energía, privilegiaba las concentraciones más poderosas de las tecnologías más pesadas para hacer frente a esas necesidades, creaba cuerpos de técnicos obligados al secreto profesional y a una disciplina cuasi-militar; concretamente, hacía de la evaluación de las necesidades y de la manera de satisfacerlas el dominio reservado de una casta de expertos amparados detrás de un saber superior, pretendidamente inaccesible a la población. El programa ponía a los ciudadanos bajo la tutela del interés de las industrias capitalistas y de la dominación reforzada del aparato de Estado⁴. El mismo género de tutelas se opera de manera más difusa en todos los dominios en los que la profesionalización - la formalización jurídica y la especialización que entraña - desacredita los saberes vernáculos y destruye la capacidad de los individuos

³Esta no es evidentemente la única forma de protesta contra la destrucción del mundo vital. Chauvinismo, racismo, xenofobia, antisemitismo son otras tantas formas de rechazos de la incomprensible y amenazante complejidad de un mundo cambiante. Explican la desaparición de su ordenación familiar por la conspiración de fuerzas maléficas alógenas y la corrupción de las capas dirigentes. Dicho de otro modo, explican una realidad que ha llegado a ser inaccesible a la comprensión intuitiva a través de causas que son intuitivamente accesibles.

⁴En *La Prophétie antinucléaire* (Seuil, París, 1980) Alain Touraine y colaboradores han demostrado que poniendo el acento sobre el peligro de las centrales, el movimiento estaba motivado no por el miedo sino por el deseo de contestar la omnisciencia en la que se escudaban los expertos, a riesgo de escabullir el debate en querrelas técnicas en detrimento de su fondo político.

para supervisarse a sí mismos. Estas son las «profesiones incapacitantes» (disabling professions) que Ivan Illich ha denunciado⁵.

La resistencia a esta destrucción de la capacidad de la autosupervisión -o, dicho de otro modo-, a la autonomía existencial de los individuos y de los grupos o comunidades- está en el origen de los componentes específicos del movimiento ecológico: redes de ayuda mutua de enfermos, movimientos en favor de las medicinas alternativas, movimiento por el derecho al aborto, movimiento por el derecho a morir «dignamente», movimiento de defensa de las lenguas, culturas y «regiones», etc. La motivación profunda es siempre defender el «mundo vital» contra el reino de los expertos, contra la cuantificación y la evaluación monetaria, contra la sustitución de las relaciones mercantiles, de clientela, de dependencia a la capacidad de autonomía y de autodeterminación de los individuos.

En apariencia al menos, el movimiento era puramente «cultural». En la medida en que los partidos políticos se preocupaban ante todo del poder de administrar el sistema según el interés de sus *clientelas* electorales, el movimiento ecológico debía parecerles antipolítico: su asunto era «cambiar la vida», sustraerla al sistema y a los administradores del sistema tratando de ganar sobre ellos espacios de autonomía y de socialidad vitales.

Ahora bien, a partir de 1972, estas demandas, en apariencia culturales, han recibido un fundamento objetivo con la rublicación de un informe de un grupo de científicos británicos, *Blueprint for Survival* y, poco después, con el informe comandado por el Club de Roma, *Limits to Growth*. La imposibilidad de continuar por el camino del desarrollo de las economías industriales, la destructividad del modelo capitalista de desarrollo

y de consumo, la ruptura del vínculo entre «más» y «mejor» hicieron necesario un cambio radical de las técnicas y de las finalidades de la producción, y por tanto, del modo de

vida. Las demandas «culturales» del movimiento ecológico se encontraron objetivamente fundamentadas en la necesidad urgente, científicamente demostrable, de una ruptura con el industrialismo dominante y su religión del desarrollo. El ecologismo *podía* entonces devenir un movimiento político ya que la defensa del mundo vital no era simplemente una aspiración sectorial y local sin alcance general sino que se revelaba conforme al interés general de la humanidad y del mundo viviente en su conjunto.

⁵En *Némésis médicale*, *Le Travail fantôme* y *Le Chômage créateur*, todos en Seuil, París.

La inversa sin embargo no es verdadera: tomar en cuenta los intereses ecológicos de la humanidad no reviste *necesariamente* -lo hemos visto-la forma, deseable desde el punto de vista de los individuos, de una defensa o, mejor, de una reconquista del mundo vital. Por el contrario, puede tomar la forma tecnocrática de un refuerzo de las coacciones y de las manipulaciones ejercidas por el subsistema administrativo.

Es imposible fundar la política sobre una necesidad o sobre una ciencia sin, al mismo tiempo, negarle su autonomía específica y establecer una dictadura «científica» o de la «necesidad», igualmente totalitaria tanto si se vale de las exigencias del ecosistema que si lo hace (como hizo el «diamat») de las «leyes del materialismo dialéctico» .

El problema que se le plantea a la ecología política es entonces el de las modalidades prácticas que permitan que el juicio personal de los individuos autónomos, persiguiendo sus propios fines en el seno de su mundo vital, tome en cuenta las exigencias del ecosistema. Es el problema del ensamble retroactivo entre necesidad y normatividad o, si se prefiere, de la traducción de necesidades objetivas en conductas normativas correspondientes a las exigencias vitales, a la luz de las cuales las necesidades objetivas son a su turno formalizadas. No hay aquí otra cosa que el problema de la democracia.

La autolimitación

En Marx, este problema parecía soluble en la medida en que el industrialismo debía engendrar las condiciones objetivas y la capacidad subjetiva de la autogestión generalizada.

Debía desembocar en una sociedad (comunista) donde «el hombre socializado, los productores asociados, regularan de manera racional sus intercambios con la naturaleza y los sometieran a su control colectivo en lugar de dejarse dominar ciegamente por ellos; y ellos efectuaran esos intercambios con el menor esfuerzo posible y en las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero también estará allí presente la necesidad. Y el reino de la libertad no puede edificarse más que sobre el reino de la necesidad»⁶. La necesidad, dicho de otro modo, es asu-

⁶Karl Marx: El Capital, libro III, 7ª sección, capítulo XLVIII. [Trad. esp.: (Donde) «el hombre socializado, los productores asociados, regule racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, los pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, siempre seguirá siendo éste un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base

mida por los productores asociados según la doble exigencia normativa del menor esfuerzo y la mayor satisfacción en el trabajo, por una parte, y de la gestión racional, inteligible para todos y cada uno, de los «intercambios con la naturaleza», por otra. La racionalidad de ésta consistirá a la vez en un cuidado del eco sistema y en el empleo de medios de producción que los productores asociados puedan manejar, es decir, autogenerar en lugar de ser dominados por su gigantismo y su complejidad.

En el cuadro de la autogestión, la libertad reposará sobre la facultad de los «productores asociados» de *arbitrar* entre la cantidad y la calidad del trabajo que requieren, por unidad de producto, diferentes medios y métodos de producción; pero también *entre la escala de las necesidades o de los deseos que están dispuestos a satisfacer y la importancia del esfuerzo que juzgan acepta el desplegar*. Este arbitraje, fundado sobre normas vitales y comunes, conducirá por ejemplo a trabajar de manera más relajada y gratificante (más «conforme a la naturaleza humana») al predo de una productividad menor; conducirá también a *limitar las necesidades y los deseos para poder limitar el esfuerzo a realizar*. En la práctica, la norma según la cual se regula el nivel de esfuerzo en función del nivel de satisfacción buscado, y viceversa, el nivel de satisfacción en función del esfuerzo que se consiente, es la norma de *suficiencia*.

Ahora bien, el establecimiento de una norma de suficiencia es incompatible - en razón de la autolimitación de las necesidades y del esfuerzo consentido que implica - con la búsqueda de rendimiento máximo que constituye la esencia de la racionalidad y de la racionalización económicas. De hecho, la racionalidad económica jamás ha podido expresarse conforme a su esencia en las sociedades precapitalistas. Ella siempre ha sido en éstas obstaculizada y trabada (embedded, según la expresión de Karl Polanyi) por los acuerdos entre productores y comerciantes para impedir la libre competencia en los mercados libres. Ella jamás ha podido ser impuesta entre los productores en tanto que ellos eran los dueños de los medios de producción y que daban libres, en consecuencia, de determinar por sí mismos la intensidad, la duración y los horarios de su trabajo. El retroceso de la autoproducción y la expansión de la producción por el mercado no cambió nada en ellos: las corporaciones o los gremios dictaban a los comerciantes precios uniformes para cada calidad (según ellos mismos la definían) y prohibían severamente toda forma de competencia. Las relaciones entre productores y comerciantes eran inmutablemente contractuales y los mismos comerciantes obtenían sus ganancias porque estaban amparados

aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo.» K. Marx: El Capital, Bogotá, FCE, 1976, vol. III, p. 759.]

contra la competencia del libre mercado. La norma de suficiencia - ganancia suficiente para el artesano, beneficio suficiente para el comerciante - estaba tan fuertemente enraizada en el modo de vida tradicional que era imposible obtener de los obreros un trabajo más intenso o más prolongado prometiéndoles una ganancia más elevada. El obrero «no se pregunta, escribe Max Weber, cuánto puedo ganar por día si yo proveo el mayor trabajo posible, sino: cómo debo trabajar para ganar los 2,50 marcos que yo recibía hasta el presente y que cubrían mis necesidades corrientes»⁷.

En el libro I de *El Capital*, Marx cita una vasta literatura que testimonia la extrema dificultad que tenían los patrones de manufacturas y de las primeras «fábricas automáticas» para obtener de su mano de obra un trabajo regular, a tiempo completo, día tras día y semana tras semana. Para obligarlos a ello no es suficiente - como lo habían hecho los manufactureros con quitarles la propiedad de los medios de producción; era necesario igualmente, luego de haber arruinado al artesano, reducir la remuneración de los obreros por unidad de producción a fin de obligarlos a trabajar más para obtener lo suficiente; y era necesario, para este fin, despojarlos del dominio de los medios de producción a fin de poder imponerles una organización y una división del trabajo por medio de los cuales la naturaleza, la cantidad y la intensidad del trabajo a realizar les serían dictadas como obligaciones implícitas a la misma materia.

La mecanización era el medio por excelencia para arribar a este resultado: sustituía a los medios de producción manejados y conducidos por los obreros, las máquinas «operadas por un autómatas que se maneja a sí mismo [...] La máquina deja de presentarse bajo aquella relación que la volvía instrumento de trabajo del obrero individual [...] La actividad del obrero, reducida a una pura abstracción está determinada y regulada desde todo punto de vista por el movimiento de la maquinaria [...] La ciencia que obliga a los componentes inanimados de la máquina a funcionar, por su construcción, tal como un autómatas desempeña su misión, no existe en la conciencia del obrero pero actúa sobre él como potencia extranjera, como la potencia de la máquina misma. La apropiación del trabajo vivo a través del trabajo objetivado [...], inherente al concepto de capital, se asienta en la producción fundada sobre la máquina como un actor del mismo proceso de producción». El trabajador individual no es «más que un accesorio vivo de esta maquinaria», su «capacidad de trabajo individual desaparece por ser infinitamente pequeña, del mismo modo

⁷ Max Weber: *L'Ethique protestante et l'esprit du capitalisme*, Plon, 1985.

que desaparece en el producto toda relación con la necesidad inmediata del productor y por consiguiente con el valor de uso inmediato»⁸.

No sabríamos decirlo mejor: el instrumento de trabajo se vuelve así inapropiable para el trabajador y esta separación del trabajador del instrumento de producción implica la separación del trabajador del producto y la separación del trabajador del trabajo mismo que, en lo sucesivo, existe en su exterior como la exigencia muda, vacía, en la organización material, de tareas cuantificadas, predeterminadas y rigurosamente programadas que deben ser satisfechas⁹.

Es solamente sobre la base de esta triple desposesión que la producción puede emanciparse del arbitraje de los productores directos, es decir, llegar a ser independiente de la relación entre las necesidades y deseos que experimentan, la importancia del esfuerzo que están dispuestos a suministrar para satisfacerlas, la intensidad, la duración y la cualidad de ese esfuerzo. Es además esta triple desposesión la que ha permitido especializaciones funcionales más y más específicas, la acumulación y la combinación, en un mismo proceso de producción, de una masa de saberes tecnocientíficos contruidos a partir de disciplinas heterogéneas, incapaces de comunicarse y coordinar entre ellas, y por ello la organización productiva requirió un estado mayor y una estructura piramidal cuasi militar.

Es solamente sobre esta base que la industrialización, es decir, la acumulación de capital, ha sido posible. Es solamente al separar a los productores directos de los medios de producción y del resultado de la producción que ha sido posible hacerlos producir el excedente que supera sus necesidades y utilizar esos «excedentes

⁸Karl Marx: Grundrisse, Dietz Verlag, Berlín, 1953, p. 583-9 [Trad. esp.: «puesta en movimiento por un autómata, por fuerza motriz que se mueve a sí misma (...) La máquina en ningún aspecto aparece como medio de trabajo del obrero individual (...) La actividad del obrero, reducida a una mera abstracción de la actividad determinada y regulada en todos los aspectos por el movimiento de la máquina (...) La ciencia que obliga a los miembros inanimados de la máquina - merced a su construcción - a funcionar, a operar como un autómata, conforme a un fin, no existe en la conciencia del obrero, sino que opera a través de la máquina, como poder ajeno, como poder de la máquina misma, sobre aquél. La apropiación del trabajo vivo a través del trabajo objetivado (...), implícita en el concepto de capital, está en la producción fundada en la máquina, puesta como carácter del proceso de producción mismo». El trabajador individual no es «más que un accesorio vivo de esta maquinaria», la «capacidad laboral individual desaparece como algo infinitamente pequeño; desaparece igualmente en el producto toda relación con la necesidad inmediata del productor y por consiguiente con el valor de uso inmediato». K. Marx: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, 2º vol., pp. 218-20.]

⁹He mostrado en otro lugar que la maquinaria y la ciencia que allí se materializan no son apropiables por el «trabajador productivo colectivo» (Gesamtarbeiter), el que engloba una multiplicidad de colectivos separados y dispersos, funcionalmente especializados, lo que vuelve prácticamente imposible la concertación entre los colectivos y su control sobre el producto final. Este control exigiría una organización y estados mayores que, como en los Kombinate de la ex-RDA, reprodujeran la separación y la desposesión mencionadas arriba.

económicos» para la multiplicación de los medios de producción y para el crecimiento de su poder. Supongamos, en efecto, que los medios de producción industriales han sido desarrollados originalmente por los mismos productores asociados: las empresas habrían quedado en su poder, y ellos no habrían dejado de auto-limitar tanto sus necesidades como la naturaleza y la intensidad de su trabajo. En consecuencia, la industrialización no habría desembocado en concentraciones que por sus dimensiones y complejidad se sustrajeran al poder de arbitraje de los productores. El «desarrollo económico» no habría podido sobrepasar un cierto umbral, la competencia habría sido contenida y la norma de suficiencia habría continuado gobernando los «intercambios con la naturaleza».

Al eliminar el poder de los productores directos en y sobre la producción, el capital ha podido finalmente emancipar a la producción de las necesidades realmente existentes y seleccionar o crear otras necesidades así como también la manera de satisfacerlas en función del criterio de mayor rentabilidad. La producción se convierte ante todo, en un medio para que el capital se acreciente; está, fundamentalmente, al servicio de las «necesidades» del capital y no es más que en la medida en que el capital tiene necesidad de consumidores para sus productos que la producción está también al servicio de las necesidades humanas. Estas necesidades, no obstante, no son más que necesidades en las que deseos «naturales», espontáneamente experimentados, pasan a ser necesidades y deseos producidos en función de los intereses de rentabilidad del capital. El capital se sirve de las necesidades a las que obedece en vista de su propio crecimiento que demanda, a su vez, el crecimiento de las necesidades. El modelo de consumo del capitalismo desarrollado resulta así de la exigencia propia del capital de crear el número más grande posible de necesidades y de satisfacerlas a través del mayor flujo posible de mercancías. La búsqueda de la máxima eficacia en la valorización del capital exige por ello la ineficacia máxima en la cobertura de las necesidades: el derroche máximo.

Esta autonomización de la producción habría sido mucho más difícil si los trabajadores hubieran sido capaces de ajustar su jornada de trabajo al beneficio que creían necesario. A medida que la productividad y los salarios se elevaban, una fracción creciente de la población activa habría elegido, o podido elegir, trabajar menos y autolimitar el crecimiento de su consumo. Esta tendencia es, de hecho, reafirmada por el apogeo del anarcosindicalismo bajo la forma del trabajo intermitente o de la semana de tres a cuatro días desarrollada en la metalurgia parisina, entre otros, por los «sublimes simples» y los «verdaderos sublimes» de los que habla Poulot¹⁰. Con-

¹⁰V. Denis Poulot: *Le Sublime, ou le travailleur comme il est en 1870 et ce qu'il peut être*, La Découverte, París, 1980; v. también el excelente estudio de Christian Topalov: «Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle» en *Les Temps Modernes*, N° 496-497, 11-12/1987.

tra esta reaparición de una autolimitación según la norma de lo suficiente, una reglamentación estricta de las condiciones de contratación se introdujo en Inglaterra en 1910: reservaba el contrato a hombres y mujeres que se comprometieran a trabajar a tiempo completo. Al hacer del tiempo completo la condición del empleo, el capital no se aseguraba solamente la dominación sobre la mano de obra, la previsibilidad del rendimiento y el costo del trabajo; extendía su dominio sobre el modo de vida de los trabajadores. No dejaba lugar, en su vida, más que para el trabajo funcional y remunerado al servicio del capital, por una parte, y para el consumo al servicio del capital, por otra. El individuo social debía definirse como trabajador-consumidor, como «cliente» del capital en tanto dependía a la vez que del salario percibido, de las mercancías adquiridas. No debía producir nada de lo que consumiera, ni consumir nada de lo que produjera, ni tener ninguna existencia social y pública fuera de aquella que estaba mediada por el capital: el tiempo de no trabajo debía reservarse como el tiempo de la existencia privada, de la diversión, del reposo, de la vacación. Es cuando se pide reducir la jornada de trabajo que el empresario ha opuesto siempre la resistencia más áspera. Ha preferido acordar vacaciones pagas más largas. Pues las vacaciones son, por excelencia, una interrupción programada de la vida activa, tiempo de puro consumo, que no se integra en la vida de todos los días, ni la enriquece en dimensiones nuevas, ni le confiere una autonomía mayor ni otro contenido que aquel del rol profesional.

La autolimitación como proyecto social

En las sociedades industriales complejas es imposible obtener una reestructuración eco-compatible de la producción y del consumo simplemente dándoles a los trabajadores el derecho de autolimitar sus esfuerzos, dicho de otro modo: la posibilidad de elegir su tiempo de trabajo, el derecho al «tiempo elegido». Ninguna correlación evidente existe, en efecto, entre el volumen de la producción y el tiempo de trabajo. La automatización, habiendo abolido esta correlación permitió producir más y más riqueza con menos y menos trabajo, «el trabajo deja de ser la medida de la riqueza y el tiempo de trabajo la medida del trabajo» (Marx). Además, la disminución del volumen de trabajo necesario ni beneficia al conjunto de la población potencial activa ni aporta una emancipación o una esperanza de autonomía ni a los empleados activos, ni a los desocupados. En fin, no existe ninguna norma de suficiencia comúnmente aceptada que pudiera servir de referencia a la autolimitación. Y sin embargo, ella sigue siendo la única voz no autoritaria, democrática, hacia una civilización industrial eco-compatible.

La dificultad que encontramos aquí no es, sin embargo, absolutamente insuperable. Significa esencialmente que el capitalismo ha abolido todo lo que, en la tradición, en el modo de vida, en la civilización cotidiana, pudiera servir de anclaje a una norma común de suficiencia; y abolió al mismo tiempo la promesa de que la alternativa de trabajar y consumir menos pudiera dar acceso a una vida mejor y más libre. Lo que ha sido abolido no es sin embargo imposible de restablecer. Solamente que ese restablecimiento no puede fundarse sobre una tradición ni sobre correlaciones existentes: debe ser instituido; se construye desde lo político, más precisamente desde lo ecopolítico y del proyecto ecosocial.

El sentido fundamental de una política ecosocial, tal como ha sido largamente debatida por los Verdes alemanes¹¹ y europeos durante los años 80 y tal como emerge hoy en la ecología política francesa¹², es restablecer políticamente la correlación entre menos trabajo y menos consumo por una parte, más autonomía y más seguridad existenciales, por otra parte, para cada hombre y cada mujer. Se trata, en otras palabras, de garantizar institucionalmente a los individuos que una reducción general de la jornada de trabajo les ofrecerá todas las ventajas de que se podía gozar antiguamente: una vida más libre, más relajada y más provechosa. La autolimitación se desplaza así del nivel de la elección individual al nivel del proyecto social. La norma de suficiencia, carente de anclaje tradicional, tiene que ser definida políticamente.

Sin entrar aquí en el detalle de cuestiones que he discutido en otra parte, quiero recordar solamente que la política ecosocial consiste principalmente en garantizar un ingreso suficiente, independiente de la jornada de trabajo (la que no puede sino decrecer) y eventualmente del trabajo mismo: para distribuir el trabajo socialmente necesario de manera que todo el mundo pueda trabajar y trabajar a la vez mejor y menos; crear espacios de autonomía en los que los individuos puedan emplear el tiempo libre de trabajo en actividades de su elección, entre las que se comprenderían autoproducciones de bienes y servicios que reduzcan su dependencia del mercado y de los precios en cargas profesionales o administrativas, y que permitirían reconstruir un tejido de solidaridades y de sociabilidades vitales, hechas de redes de ayuda mutua, de intercambios de servicios, de cooperativas informales. La liberación del tiempo, la liberación del trabajo heterónomo, funcionalmente especiali-

¹¹No citar aquí más que cuatro obras que tienen una bibliografía extensa: Michael Opielka (dir.): *Die Ökosoziale Frage*, Fischer alternativ, Francfort-sur-le-Main, 1985; Joseph Huber: *Die Regenbogen Gesellschaft. Ökologie und Sozialpolitik*, Fischer alternativ, 1985; Michael Opielka, Ilona Ostner (dirs.): *Das garantierte Grundeinkommen*, Fischer alternativ, 1986; Michael Opielka, Ilona Ostner (dirs.): *Umbau des Sozialstaats*, Essen Klanext, 1987.

¹²V. especialmente *Les Verts et l'économie*, Gentilly, 1992 (document des Vets), así como el periódico *Transversales Science Culture* y las obras de Guy Aznar.

zados, deberían concebirse como una política sistemática que obligue también a que se repiense la arquitectura y el urbanismo, los equipamientos y servicios públicos, las relaciones ciudad-campo, de manera de destrabar las esferas de vida y de actividad, para favorecer los intercambios autoorganizados ¹³.

La ecología política hace de esta manera cambios ecológicamente necesarios en la manera de producir y consumir para incentivar cambios normativamente deseables en el modo de vida y las relaciones sociales. La defensa del medio de vida en sentido ecológico y la reconstitución de un mundo vital se condicionan y se sostienen uno en otro. Uno y otro exigen que la vida y el medio de vida se sustraigan a la dominación de lo económico, que acrecienten las esferas de actividad en las que la racionalidad económica no se aplica. Esta exigencia, en verdad, es tan antigua como la civilización. Desde el ricardiano anónimo del que Marx gustaba citar el panfleto fechado en 1821 hasta Keynes y Leontieff, los grandes teóricos de la economía moderna todos han hecho del tiempo disponible (disposable time) para las actividades «que valen por ellas mismas como su propio fin» (die sich als Selbstzweck gilt, según la expresión de Marx en los Grundrisse) «la verdadera medida de la riqueza». Lo que equivale a decir: la actividad económica no tiene sentido más que al servicio de otra cosa que ella misma. Es que la economía es por excelencia una forma de la «razón cognitiva-instrumental», es decir, una ciencia del cálculo y de la eficacia de los medios y de la elección de los medios más eficaces para obrar en vista de un fin. Ella es inaplicable a los fines que no son distintos de los medios empleados y no puede por ella misma determinar los fines a realizar. Cuando algún fin no le es prescrito, elige los fines para los que dispone de medios más eficaces: tomará como objetivo el crecimiento de la esfera en la que su racionalidad puede desplegarse y tenderá a someterle todas las otras esferas, que abarcan a la vida y las bases naturales de la vida.

Esta dominación de la racionalidad económica sobre todas las otras formas de racionalidad es la esencia del capitalismo. Librado a sí mismo, acaba en la extinción de la vida y por lo tanto de sí mismo. Si debe tener un sentido, no puede ser sino el de crear las condiciones de su propia supresión. Y por supresión del capitalismo no es necesario entender la supresión de la gestión de las empresas de manera económicamente racional - es decir, en busca del rendimiento máximo por unidad de capital fijo y circulante -, sino la relativización, incluso en la gestión y la creación de empresas, del criterio de rendimiento máximo a la luz de criterios de otro orden. Cuando estos criterios lleguen a ser predominantes en las decisiones públicas y las

¹³. V. para este tema Nordal Akerman: «Can Sweden be Shrunk?» en Development Dialogue N° 2, 1979, Uppsala.

conductas individuales, cuando a la racionalidad económica se le asigne un lugar subalterno al servicio de fines no económicos, la sociedad habrá salido del capitalismo y habrá fundado una civilización diferente.

La cuestión de las fuerzas sociales capaces de realizar estas transformaciones no puede encontrar respuesta en el clásico análisis de clases. No hay frente central sobre el cual la victoria decisiva podría obtenerse por enfrentamientos de clase. O, si prefiere, el frente está en todas partes porque el capital ejerce su poder en todos los dominios de la vida. Pero a esto debemos agregar también que el «cambio de las mentalidades», la «mutación de los valores» (Wertewandel) como lo llaman los alemanes, atraviesa todas las clases y capas de la sociedad, comprendiendo a la clase obrera y a la fracción dirigente de la clase dominante. Hay (especialmente en los Países Bajos y en Gran Bretaña) sindicatos y sindicalistas «verdes», mientras que la ideología industrialista del desarrollo y del consumismo compensatorio es aún mayoritaria en la clase obrera tradicional. Una mayoría de asalariados declara, sin embargo, preferir más tiempo libre a más salario, y una muy fuerte mayoría, la que se comprende en los cuadros dirigentes, dice apreciar más las actividades del tiempo libre que el trabajo profesional. El trabajo, cualquiera que sea su nivel de calificación, tiene para la gran mayoría, tareas demasiado especializadas y recursos culturales demasiado empobrecidos para poder proporcionar un sentido a su vida. Existe, por último, en la clase patronal o empresarial una capa modernista que favorece la conversión ecológica de la industria y el modelo de desarrollo, no solamente para adelantarse a la competencia ocupando la vanguardia del futuro, sino también porque es conciente de que el modelo de industrialización y de consumo del Norte no podrá ser allí mantenido ni, a fortiori, exportado hacia el Sur, y que ante la ausencia de conversión ecológica la dislocación de los ciclos naturales, de las civilizaciones y de las sociedades hará hundirse a la humanidad en la barbarie. Unos pocos desastres limitados, que anuncien la aproximación de mayores catástrofes, pueden ser suficientes para precipitar la mutación sociocultural en curso y hacer volcar a las sociedades hacia la ecología política.

Traducción del francés: Raquel Ardiz

Referencias

*Morin, Edgar, LA VIE DE LA VIE. p94-95 - París, Francia, Seuil. 1980; Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle.

*Howard, Dick, FROM MARX TO KANT. - Londres, Inglaterra, Macmillan Press. 1992; Can Sweden be Shrunken?

- *Howard, Dick, THE MARXIAN LEGACY. - Londres, Inglaterra, Macmillan Press. 1988;
- *Howard, Dick, ADIEUX AU PROLETARIAT. - París, Francia, Seuil. 1981;
- *Anónimo, LA PROPHETIE ANTINUCLEAIRE. - París, Francia, Seuil. 1980;
- *Anónimo, NEMESIS MEDICALE, LE TRAVAIL FANTOME Y LE CHOMAGE CREATEUR. - París, Francia, Seuil;
- *Marx, Karl, EL CAPITAL. III. p759 - Bogotá, Colombia, FCE. 1976;
- *Weber, Max, L'ETHIQUE PROTESTANTE ET L'ESPRIT DU CAPITALISME. - Plon. 1985;
- *Marx, Karl, GRUNDRISSE. p583-589 - Berlín, Dietz Verlag. 1953;
- *Marx, Karl, ELEMENTOS FUNDAMENTALES PARA LA CRITICA DE LA ECONOMIA POLITICA (BORRADOR) 1857-1858. 2. p218-220 - Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI. 1972;
- *Poulot, Denis, LE SUBLIME, OU LE TRAVAILLEUR COMME IL EST EN 1870 ET CE QU'IL PEUT ETRE. - París, Francia, La Découverte. 1980;
- *Topalov, Christian, LES TEMPS MODERNES. 496-497 - 1987;
- *Opielka, Michael, DIE OKOSOZIALE FRAGE. - Fischer alternativ; Francfort-sur-le-Main. 1985;
- *Huber, Joseph, DIE REGENBOGEN GESELLSCHAFT. OKOLOGIE UND SOZIALPOLITIK. - Fischer alternativ. 1985;
- *Opielka, Michael; Vobruba, Georg, DAS GARANTIERTE GRUNDEINKOMMEN. - Fischer alternativ. 1986;
- *Opielka, Michael; Ostner, Ilona, UMBAU DES SOZIALSTAATS. - Essen Klanext. 1987;
- *Anónimo, LES VERTS ET L'ECONOMIE. - Gentilly. 1992;
- *Anónimo, TRANSVERSALES SCIENCE CULTURE-PRENSA - 1979;
- *Akerman, Nordal, DEVELOPMENT DIALOGUE. 2 .